

GIOCONDA BELLI

*El intenso  
calor de  
la luna*





---

*Para Desireé Elizondo, Salvadora Navas  
y Sofía Montenegro, queridísimas.*



---

## CAPÍTULO 1

De un momento a otro puede cambiarle a uno la vida. Es algo sabido que preferimos ignorar. Suficiente lidiar con las incertidumbres cotidianas. Si encima nos mortificáramos con la idea de cuánto puede suceder de forma inusitada, viviríamos titubeando. Sin embargo algo de embriaguez tiene la noción de que todo lo que nos parece seguro y sólido puede desaparecer en un instante. Se vive a ras de esa percepción leve que aletea como pequeño insecto en la conciencia. Uno prefiere la engañosa certidumbre con que la vida dispensa mañanas y noches iguales; prefiere creer que la existencia es un manso y predecible río. Cuando oímos las historias de súbitos sobresaltos nos anclamos en la fe de que a nosotros no nos sucederá lo mismo, pero ¿quiénes somos para estar seguros?

Tomemos el caso de Emma. Va conduciendo su

coche. Lleva gafas oscuras grandes, de moda. Luce absorta en la carretera. Las manos que aferran el volante son finas y cuidadas. En la izquierda lleva anillo de matrimonio haciendo juego con el de diamante de compromiso. Su mirada fija nos engaña. Parece mirar el camino, pero va mirándose por dentro. Desde hace cuatro días espera que le baje la regla, y ésta no llega. Emma es una mujer exacta. Su regla suele llegar puntual a los treinta días del mes. Porque conoce perfectamente las costumbres de su cuerpo, en la fecha precisa ella se inserta en la trusa una toalla sanitaria después de bañarse. Hacia las doce o la una, sin fallar, siente la humedad y sonríe para sus adentros. La exactitud de su ciclo y su manera de adivinarlo la complacen enormemente. Contraria a muchas de sus amigas que soportan estoicas esos días, sufriendo a menudo de dolores y malestares de espalda, Emma experimenta un sentimiento de ligereza y alivio que la pone de buen humor. Ella jamás, ni siquiera en su adolescencia, ha sufrido de los signos que a otras afligen. El presagio de su ciclo no le produce granitos en la cara, hinchazón en los pies o irritabilidad. Lo que ella siente en los días precedentes al acontecimiento es una sensación de energía acumulada, una intensa subida de voltaje. Cuando toca la ropa de nylon, a pesar de vivir en el trópico, se electriza igual que sucede en los inviernos de los países fríos. No se explica el fenómeno de que su cuerpo produzca electricidad

estática, pero que le pasa, le pasa. Se ríe de que a su marido se le alcen los vellos del brazo al acercarse y siempre le advierte que mejor se mantenga alejado para evitar terminar como pararrayos celeste. Después de varios días de sacudidas eléctricas al abrir el refrigerador o la puerta de su coche y de verse obligada a usar gel en el pelo para bajarse el friz, el rumor de alambre de alta tensión empieza a zumbarle en los oídos afectando su concentración. Es mucha la electricidad que Emma carga y cuando la puntual humedad por fin hace su aparición antes o después del almuerzo de la fecha señalada, ella cumple el ritual de encerrarse en el baño, cerciorarse del hecho y dejar que la embargue la deliciosa distensión que experimenta cuando músculo por músculo su cuerpo, como si al fin hiciese polo a tierra, se descarga de su magnética energía.

Los últimos cuatro días de esperar sin resultado que su cuerpo haga lo suyo la han alterado sobremanera. Recién cumplió cuarenta y ocho pero la madurez no ha hecho más que acentuar su aire juvenil de mujer hermosa a quien no arredran los pocos kilitos de más que bien disimula destacando sus mejores atributos: el cuello largo, los brazos bien torneados, el escote que revela los pechos tersos. El rostro es dulce, ovalado con ojos más bien pequeños de largas pestañas, nariz mediana y una boca larga, sensual con un arco de cupido atrevidamente deli-

neado con lápiz rosa oscuro. El cabello es abundante, liso, y le cae un poco por debajo de la oreja. El gusto que exuda por estar en el mundo le hace emanar una fuerza sensual, muy femenina. La idea de la vejez la espanta, pero su espanto está dirigido a la vejez lejana de los ancianos arterioescleróticos, olvidadizos, temblorosos, dependientes y ajados. Nunca antes ha pensado en cómo empieza aquello, en cómo se llega de la juventud a ese estado de ruina. Se ha sentido capaz de controlar alguno que otro dolor o rigidez en la espalda, pero esta vez no encuentra remedio. Este asunto de su regla es diferente. Conoce teóricamente que existe algo llamado menopausia, pero no quiere pensar que sea eso. Sin embargo, su mente —ese camino por el que viaja su imaginación, mientras circula por el barrio quieto en su coche— la lleva por una senda oscura llena de señales de alerta, de grandes rótulos iluminados encendiéndose intermitentes que anuncian MENOPAUSIA, el fin de su feminidad.

Ernesto Arrola tampoco mira por dónde va. Ha salido a buscar a un colega carpintero para pedirle prestada la cola para madera que requiere para terminar un par de sillas que fabrica por encargo. Está corto de dinero y él y el amigo se ayudan en situaciones similares. Encuentra el taller del otro cerrado y va de regreso pensando en la clienta que llegará mañana. Imagina lo que le dirá cuando, a pesar de lo prometido, él no pueda cumplir a tiempo.



No lo intimidan sus clientes, en general, pero esta doña en particular es especialmente altanera y sabe cómo hacerlo sentir pequeño, incapaz. Le recuerda a su madre. Le saca el niño malcriado que lleva dentro. Tendrá que soportar su diatriba y se pregunta si podrá hacerlo sin que la propia arrogancia lo lleve a pedirle que jamás vuelva a poner pie en su taller, lo cual sería una lástima pues es una buena clienta a pesar de todo y él la necesita, necesita que ella le pague las sillas. Fibroso, delgado, alto, lleva dos o tres días de barba sobre una cara precisa de escultura clásica; los rasgos estilizados, la nariz larga y recta, los pómulos altos y la piel como azúcar quemada. Confiado de sí, cómodo en su cuerpo, transmite en su andar una cierta desfachatez, un aire despreocupado. No sonríe pero se adivina que lo hace con facilidad por el trasfondo de ironía con que miran sus ojos. Del pelo oscuro abundante le cae un mechón sobre la frente. Sólo las manos inquietas, los brazos tensos revelan un carácter acostumbrado a enfren-  
tar con determinación cualquier cosa que le sirva la vida. Recién nota que dejó el taller sin cambiarse los zapatos y que calza las sandalias de cuero viejo que un cliente italiano dejó olvidadas dentro de un baúl antiguo que llevó a reparar pero que nunca recogió. Ernesto no posee mucho pero es pulcro. No le gusta salir desharrapado. En fin, se consuela, es poca la gente que se fija en los pies de los demás, pocos son

los que tienen miradas entrenadas como la suya. Los pies de la gente lo llaman como magnetos, los de las mujeres sobre todo. No podría vivir con una mujer de pies feos, por muy linda que fuera. En cambio, los pies lindos lo excitan. Más de un domingo va al muelle del lago a ver pasar los pies de las paseantes. Le basta que pase un par hermoso para tener sus fantasías eróticas cubiertas para la semana. En su barrio sólo hay una mujer de pies bonitos. Se pregunta si estará de turno en la farmacia. Piensa que pasará a verla antes de regresar a su casa. Se encamina hacia el semáforo para cruzar la calle, pero decide que no vale la pena, más rápido cruzar allí mismo.

Margarita de los pies bonitos está atendiendo a un cliente cuando mira a Ernesto al otro lado de la acera. Encuentras sus ojos. Él le sonríe y camina hacia ella.

—Yo vi el accidente —declarará ella después al policía—. Él venía para la farmacia. Me saludó y cruzó, pero apenas había puesto el pie en la calle cuando la camioneta lo levantó por los aires, lo atropelló y Ernesto salió volando sobre el capó y fue a dar detrás del coche, al pavimento (aquí la muchacha empezará a llorar).

A Emma le gusta conducir a buen paso cuando no a alta velocidad. Toma impulso para subir la cuesta y baja por la pendiente acelerada. El hombre surge frente a ella como saltan los payasos de la cajas

de juguete. No tiene tiempo de reaccionar. Lo embiste mientras atina a empujar el freno hasta el fondo. La sensación de golpear huesos y piel, la instantánea de piernas y chancletas sobre el vidrio delantero, el grito despavorido de la chica de la farmacia, el impacto sordo del cuerpo cayendo detrás del vehículo, se encadenan como anillos de boa constrictor atezándola toda. Se detiene bruscamente. Las manos rígidas sobre el timón no le responden, no quieren soltar la rueda. De golpe el atardecer que apenas empieza a suavizar las líneas ásperas de aquel barrio de casas modestas, zapaterías, vulcanizadoras, tiendas de abarrotes, aceras irregulares, sale de su impávida melancolía; se llena de rostros, de gritos, de gente corriendo. Emma intenta controlar los espasmos de sus piernas que empiezan a temblar. No atina a abrir la puerta. No cree que podrá caminar.

Un hombre se asoma al vidrio de la ventana. La llama «señora, señora» con una voz de día del juicio, instándola a responder por sus pecados. Lo mira y él sin duda nota la confusión, la parálisis de ella y hace intento de abrir la puerta. Emma al fin logra tocar el botón del seguro y sale apoyada en él, resbalándose hacia el suelo hasta tocar con los tacones el pavimento. Un grupo de gente la rodea, los demás están todos alrededor del hombre que yace más allá, ella no sabe si muerto o vivo. No quiere ni preguntar. Siente la onda de condena de los curiosos condensarse

sobre su traje de lino verde claro, el saco holgado. La miran surgir indemne del vehículo. Perfecta, sin un rasguño. Ella vacila. Lleva zapatos de tacón de cinco pulgadas. Se siente como una gigante. No se le ocurre nada más que descalzarse con un gesto penitente. Tira los zapatos dentro del carro y avanza un poco tambaleante hacia su víctima. Mientras camina va poco a poco recuperando sus facultades. Se pregunta si alguien llamaría una ambulancia. Mete la mano en su bolso, tantea dentro buscando el celular. La ambulancia, dice, ¿llamaron a la ambulancia? Todavía no, dice alguien. Ella marca el número. La operadora pregunta la dirección. Ella le pasa el teléfono al hombre que la lleva del brazo. Dele la dirección por favor. Y ahora ya está en el círculo que se abre para que ella vea al hombre que gime y sangra de la cabeza, que está descalzo; un hombre joven, le calcula treinta o treinta y cinco años. No está muerto, pero el brazo derecho está torcido en un ángulo imposible, totalmente dislocado. Emma se pone la mano sobre la boca. Ay, Dios, exclama.

—¿Qué, acaso no vio dónde iba, señora?

—Casi lo mata.

—De milagro está vivo.

—Pobrecito.

Frases de los curiosos que oye abrumada. Se arrodilla al lado del herido. Perdóneme, perdóneme, dice, no lo vi, no lo vi. No se mueva, por favor,

no se mueva, advierte cuando intuye que él trata de inclinarse. Le pone la mano sobre la frente para inmovilizarle la cabeza. Raro encontrarse a un hombre guapo en un barrio como ése. ¿De dónde saldría? Dígame, ¿siente las piernas? Sí, responde él. Ella le toca un brazo, después otro, le da pequeños pellizcos. ¿Siente? Otra vez la respuesta es afirmativa. Ella respira hondo, aliviada. Le herida de la frente mana abundante sangre, pero ella inserta la mano por detrás de su cuello, lo palpa.

—No me diga que es doctora... —musita Ernesto

—No. Pero estudié unos años de medicina y sé primeros auxilios. Pero no se aflija. Llamamos a la ambulancia. Vendrá en camino. Tiene un fractura seria en el brazo, pero su cuello está bien, gracias a Dios.

El hombre abre los ojos y la mira fijo, curioso. Ella siente que las mejillas se le enrojecen, que su mirada la inhibe.

—¿Cómo se llama?

—Emma —dice ella.

—Creo que me desgració, Doña Emma, pero mucho gusto en conocerla —dice irónico, casi juguetón y sonríe.

Dentadura perfecta, los labios como dibujados, piensa Emma. Y buen humor, aún allí tirado en el suelo.

—El gusto es mío —responde también sonrien-

do, bajando los ojos, siguiéndole la corriente, el leve coqueteo—. ¿Le duele la pierna?

—Todo me duele. No sé dónde empieza o termina el dolor. Pero usted tiene manos suaves.

—Quédese quieto —sonríe ella, halagada, asombrada de que él pueda hasta coquetear en esas circunstancias—. Yo me voy a hacer cargo. Soy una persona responsable.

—A usted se la va a llevar la policía por irresponsable —dice un hombre fortachón, que viste una camiseta sin mangas sobre una barriga monumental.

—Si es que vienen —dice una mujer—. Nunca se aparecen por este barrio.

La muchacha de la farmacia aparece con algodones y unos trapos. Emma y ella se ocupan de vendar la cabeza de Ernesto, que no cesa de mirarla. Azorada, Emma revisa la herida de la pierna de la que mana sangre abundante. Toma una venda y hace un torniquete. La ambulancia no llega. Ernesto cierra los ojos. Ella le toma el pulso. Mira su reloj. No quiere que entre en shock, quiere protegerlo. Está impaciente. No es posible que tarden tanto en enviar la ambulancia, piensa. Habrá pasado media hora. Si no llegan, la pierna donde puso el torniquete se afectará. ¿Y si se desmaya? El herido está sangrando mucho y ha empezado a quejarse con los ojos cerrados. Ella, además de compasión, le ha tomado simpatía. Tan guapo, alto y larguirucho. Observa la ropa desleída,

la camisa ploma floja, manga corta, una mata de pelo entre los botones del pecho. La gente sigue arremolinada, hablando al mismo tiempo. Junto a ella, la muchacha de la farmacia está calma: es una joven frágil, con un moño apretado en la nuca. El tiempo pasa muy despacio. Emma se percata de que está descalza y que a él eso no le pasó desapercibido. Tendría que haber llamado a Fernando, su marido, piensa. ¡Cómo no se le ocurrió antes! Fernando se le borró de la mente hasta ese momento. Él sí que es médico. La regañará de seguro. No es nada empático su marido. No pensará en lo asustada que está ella. Marca el número. La secretaria en la clínica modosa y perfecta contesta y ella le dice que es urgente. «El doctor está con un paciente, Doña Emma». Yo también, le dice ella, aguantándose la rabia, dígame que estoy en la calle con un hombre que se está desangrando frente a mis ojos. Fernando se pone al teléfono. ¿Cómo le diste? ¿No te fijaste? Fue un accidente, repite Emma, ya no importa cómo fue, ahora aconsejame qué hago. Llevamos rato aquí y nada de la ambulancia. Creo que lo voy a llevar yo, dice de pronto, ¿a qué hospital lo llevo? Vas a manchar el coche, dice Fernando. Tené paciencia. Ya tuve paciencia, dice ella, pero no pasa nada. ¿Cómo se le ocurre a Fernando pensar en la tapicería del carro? Decime a qué hospital lo llevo, repite. Al San Juan, dice él por fin. Allí hay buenos traumatólogos. Te alcanzo apenas termine aquí.

—Ayúdenme a ponerlo en el carro —dice Emma irguiéndose, tomando el control de la situación.

—Se llama Ernesto Arrola —dice la muchacha de la farmacia.

—¿Podés venir conmigo? ¿Cómo te llamás? —le pregunta Emma.

—Margarita —dice ella— Sí, claro, yo voy con usted. Ernesto es amigo mío. Sólo déjeme avisar en la farmacia.

—Perdoname —dice Emma, mirándola compungida—. De veras que no lo vi.

Cuando regresa Margarita, cuatro voluntarios se ofrecen para alzar al herido.

—Con cuidado —advierte Emma—. No lo muevan mucho. Háganlo con delicadeza.

Corre a destrabar los asientos de atrás de la camioneta, igual que hace cuando acarrea plantas o muebles, para que quepa el herido acostado. Ernesto se acomoda tratando de moverse lo menos posible. Margarita ocupa el asiento delantero. Ella cierra la puerta del valijero. Se pone al timón. Respira hondo. Ya no le tiemblan las manos, pero le falta el aire y está empapada en sudor. Se sopla las manos y se las pasa por el pelo. Enciende el aire acondicionado y arranca.